

dadero, tal vez mas poderosa que la revelacion directa, y por eso emplean los matemáticos con tanta frecuencia esa forma de razonar que se llama demostracion por absurdo.

Vuelvo, pues, á mi pensamiento: el cristianismo habla, habla dogmáticamente hace diez y ocho siglos, y así, por incomprendible que sea su dogma, su dogma es necesariamente una idea, es decir, algo de racional. En buen hora, diréis, pero algo de racional á manera de absurdo; porque, puesto que lo absurdo habla tanto como lo incomprendible, ¿qué es lo que impide confundir lo incomprendible con él? Lo que lo impide, señores, es, que lo uno no es lo otro? es que lo absurdo es la evidencia de lo falso, mientras que lo incomprendible se halla falto á un mismo tiempo de la evidencia de lo falso y de la evidencia de lo cierto. Lo incomprendible es algo que no se explica la razon; nada mas. ¿Negaréis su existencia? ¿Negaréis ese estado particular de la inteligencia humana? Pero ya os he hecho ver que lo incomprendible nos perseguia hasta en los objetos de la ciencia; os lo he mostrado como el término necesario de nuestras mas altas claridades ó comprensiones. Si lo incomprendible se confundiese por su naturaleza con lo absurdo, no habria sombras en ninguna parte, puesto que lo absurdo es tan claro como una demostracion. Habiendo, pues, probado, que lo incomprendible es una categoría distinta del espíritu ó inteligencia humana, un estado aparte, si quereis mejor, en que no tiene el entendimiento la evidencia de lo falso ni la evidencia de lo cierto, quedaba esta dificultad, á saber: que no comprender es no ver nada. Contra esta dificultad ¿qué debía yo hacer? Demostraros que lo incomprendible no es la exclusion de toda idea, y por consiguiente de toda vision racional. Para este efecto, os he dicho: El cristianismo es incomprendible en su dogma, y no obstante el cristianismo dogmático es una idea; es una idea, puesto que habla. A esto me respondeis que tambien lo absurdo habla. Sí, pero habla con el carácter de lo absurdo, es decir, con la evidencia de lo falso; al paso que el cristianismo habla con el carácter de lo incomprendible, es decir, sin tener una claridad decisiva, ya respecto de lo falso, ya de lo cierto.

No obstante, si el ejemplo del cristianismo os estorba, por la preocupacion en que estáis de que su doctrina se halla marcada manifiestamente con el signo del absurdo, lo separaré del debate donde no hay necesidad de que entre, y os diré: ¿Comprendeis la eternidad, lo infinito, Dios? ¿Comprendeis un ser que existe por sí, que es porque es, sin principio ni fin? ¿Comprendeis la union en una

sola persona de dos sustancias tan opuestas como el cuerpo y el espíritu? ¿Comprendeis la accion del cuerpo sobre el alma, y la del alma sobre el cuerpo? No, seguramente. Pues bien, todos estos misterios tan profundos, tan impenetrables, ¿presentan, sí ó no, alguna idea á vuestro entendimiento? Si me respondeis que sí, y esto es lo único que podeis responderme, concluiré que lo incomprendible, á pesar de su oscuridad, no lleva consigo la exclusion de todo elemento racional, y esto es lo único que tenia que demostrar. Porque, observadlo bien, no se trata ahora entre nosotros sino de la esencia general de lo incomprendible. Me habeis dicho, que lo incomprendible considerado en sí, en su naturaleza misma, era un absurdo. Y yo, siguiéndoo paso á paso, he debido probaros que esto no era así, y que lejos de deshorrar la inteligencia del hombre el proponerle la contemplacion de un misterio, era elevarla á regiones donde es natural y sublime convidado. Porque, segun he dicho, la misma razon encierra un elemento incomprendible, y lo incomprendible contiene á su vez un elemento racional; la evidencia, subiendo hácia el polo superior de las cosas, de que es ella el principal camino, encuentra allí la oscuridad, y descendiendo el misterio del cielo nos trae una luz digna de su nombre propio, que es la revelacion.

Por donde veis, señores, que la diferencia entre el orden natural y el orden sobrenatural no consiste en que todo es comprensible en el primero, mientras que todo es incomprendible en el segundo; sino en que las verdades de este no son susceptibles de una demostracion directa mientras que las verdades de aquel fluyen por via de consecuencia del germen luminoso que es nuestra razon. Así Dios, aunque inexcrutable en su esencia, es un dogma de la naturaleza, porque lo deducimos de la propia luz que está en nosotros; pero la unidad de Dios en tres personas distintas es un dogma de la revelacion, porque nos es imposible deducirlo de ningun principio racional.

Tal vez pensaréis por lo menos que hay mas oscuridad en lo incomprendible sobrenatural que en lo incomprendible natural. Pues bien, yo no puedo hacer mas que repetiros estas palabras de Jesucristo: *Yo soy la luz del mundo; quien viene detrás de mí no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida* (1). Y estas otras: *Yo, que soy la luz, he venido al mundo para que todo el que cree en*

(1) San Juan, cap. 8, vers. 12.

*mi no permanezca en tinieblas* (2). Y estas del apóstol San Pablo á los cristianos de Éfeso: *Vosotros érais ántes tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; caminad como hijos de la luz* (3).

Por toda la Escritura se llama tinieblas al órden natural comparado con el órden sobrenatural, y á este, luz, vida, camino y verdad. Y es porque en efecto, señores, por mas distante y por mas alta que llegue á estar la razon mas pura, no conoce á Dios sino por nociones imperfectas derivadas del espectáculo de las cosas finitas ó de la contemplacion de sí misma. Ahora bien, Dios lo es todo. Quien no le conoce, no sabe nada; quien le conoce mal, sabe mal; quien le conoce poco, sabe poco. Y puesto que la razon no se eleva á él sino imperfectamente, como es sobrado visible, es justo decir, que la razon es una débil aurora de un gran dia, un espejo enigmático y doloroso de la verdad. Pero si Dios, movido por nuestra natural ignorancia, nos trae su propia ciencia; si nos confiesa lo que es, lo que ve, lo que siente, lo que quiere; si nos inicia en las profundidades de su eternidad, en su accion sobre el tiempo, en los motivos y en los planes de su providencia; entonces sin duda, no discernirá nuestro ojo interior sino difícilmente las líneas infinitas de esta revelacion; permanecerá bajo el horizonte celeste, como se halla bajo la inmensidad creada; y no obstante, ¿quién dirá que no sabe mas? ¿quién no llamará tinieblas su estado precedente, y luz su nuevo estado? Confieso que la sombra se aumenta con la claridad; pero esta es la ley de toda ciencia y de toda luz. ¿Cuál es el sabio que no descubre mas abismos, á medida que penetra mas lejos en la naturaleza? ¿Cuál el sol que al caer sobre los cuerpos no haga salir de ellos una sombra tanto mas oscura cuanto mas ardientes son sus rayos? Si lo finito mismo, abriéndose á nuestras miradas, llega á ser tanto mas misterioso cuanto mas visible se hace, ¿qué será lo infinito?

Aceptad, señores, con un espíritu firme esta condicion de las cosas, esta necesidad de lo incomprendible que nos sigue por todas partes. Marchad, como Israel, bajo la guía de esta columna, mitad nube, mitad fuego, la única que ilumina y guía aún al género humano. Mirad la sombra, para aprender en ella los límites de vuestra naturaleza; mirad la luz, para conocer en ella la grandeza de nuestros destinos. Si la una os entristece, consoláos en la otra; si el occidente os turba, apoyáos en el oriente. Y en fin, llevando vues-

(1) S. Juan, cap. 12, vers. 46. — (2) Cap. 5, vers. 8.

tros ojos aun mas alto, esperad con paciencia y con fe el dia sin mancha que se nos ha prometido y que se levantará de la eternidad sobre todo espíritu digno de verle. Porque, aunque no pueda desvanecerse entonces lo incomprendible, puesto que pertenece á la naturaleza de lo infinito considerado por lo finito, no obstante la vista de Dios en su sustancia misma nos dará de él una posesion, que transformará el misterio en la alegría de conocer siempre sin agotar jamás.